

Poetas del exilio republicano español en México

Recuerdos de “transterrados” y... desterrados

Manuel Andújar

NO creo que haya precedente histórico-literario equiparable a la coincidencia de un país de exilio —asilo cumplido— de tantos y excelentes poetas como los que, acogidos a la hospitalidad mexicana, allí se desterraron o transterraron, a consecuencia de la guerra civil-internacional española, durante el periodo que comienza a mediados de 1939 y puede juzgarse finiquitado en 1977.



Monumento en homenaje a León Felipe en México (abril de 1974).

DESDE la fecunda permanencia, en tránsito, de Juan Larrea, Juan Gil-Albert y Lorenzo Varela, tan significativos y unívocos, a la singularidad, compartido ejercicio lírico, de los matrimonios Juan José Domenchina-Ernestina de Champourcín y Manuel Altolaguirre/Concha Méndez (que acaba de «cotejar» Madrid); de la sonora omnipresencia de León Felipe al ensimismado y huidizo circular de Luis Cernuda; de un nítido acercamiento a la inspiración circundante de Francisco Gines («Los laureles de Oaxaca»), quizá el más autorizado para darnos una cálida y directa versión de don Enrique Díez-Canedo, cuyo centenario de nacencia en este

1979 conmemoramos... al filiado teatro en verso de José Bergamín con «La niña guerrillera»: de la homogeneidad ideológica, que no estorbara la peculiaridad de los acentos, de Pedro Garfias a Juan Rejano, a José Herrera Petere y Adolfo Sánchez Vázquez; de la modulación romántica de María Enciso a la premonitoria heterodoxia de José Ramón Arana, tan pudoroso y devoto en este género; más las líneas de fino dibujo en el poético rasgueo de José Moreno Villa, que parecen orlar las imágenes de hondo aliento en el callejero y monástico Emilio Prados, malagueños ambos; comparecía la catalanidad épica, cósmica, latina de Agustí Bartra; trovaba en balde Matías

Conde, mientras otro astur, Celso Amieva, en periplo Francia-México-URSS, marcaba toda una trayectoria; agréguese las visitas conferenciantes —Casa de España— de Padro Salinas. A su vera, en derredor, los que niños crecían al terminar la contienda, siguieron la suerte familiar y emprendían la propia formación, ya con signo criollo, en la Nueva España: Ramón Xirau (reciente su «reaparición» lírica, por Octavio Paz prologada), Tomás Segovia (que nos ha dado hace pocos meses una de las más originales «sumas» poemáticas y de título bien expresivo: «Cuaderno del Nómada»), Luis Ríos, José Pascual Buxó, Inocencio Burgos, Manuel Durán, del que evocamos la pertinaz angustia primera, allá en 1947:

*«Con una mirada lenta
que se dobla bajo el peso de tantos recuerdos
[muertos,
el desterrado va recorriendo
todas las encrucijadas de fronteras,
todos los senderos con nombres extraños».*

Otro grupo, granado y brillante, cuya tónica se cifraría en la condición femenina, lo computaron Ernestina de Champourcín, Concha Méndez, María Enciso, Nuria Parés, más tarde Mada Carreño (despuntaba, por entonces, en Puerto Rico, Aurora de Albornoz). Las existencias y las obras adquirirían distinto signo a los presuntamente originarios en el ámbito mexicano. Probablemente se extremaran las singularidades, las notas diferenciales, a mayor complejidad derivaron sus relaciones e impulsos: basculación del medio moldeador e imperativo de fidelidad temática a la patria secuestrada. Se reafirman o flexibilizan los criterios estéticos de que partieron; percí-

bense rasgos aglutinantes y se exacerban las contraposiciones; es casi una coordenada que la mayoría —razones de edad y madurez, de tensa conciencia— realiza en México su creación principal.

En perspectiva, la extraordinaria constelación de poetas exiliados, que allí vivieron y fenecieron, camino funerario de

**Enrique Díez-Canedo,
María Enciso,
Juan José Domenchina,
José Moreno Villa,
Emilio Prados,
Pedro Garfias,
León Felipe,
Luis Cernuda,
Juan Rejano,**

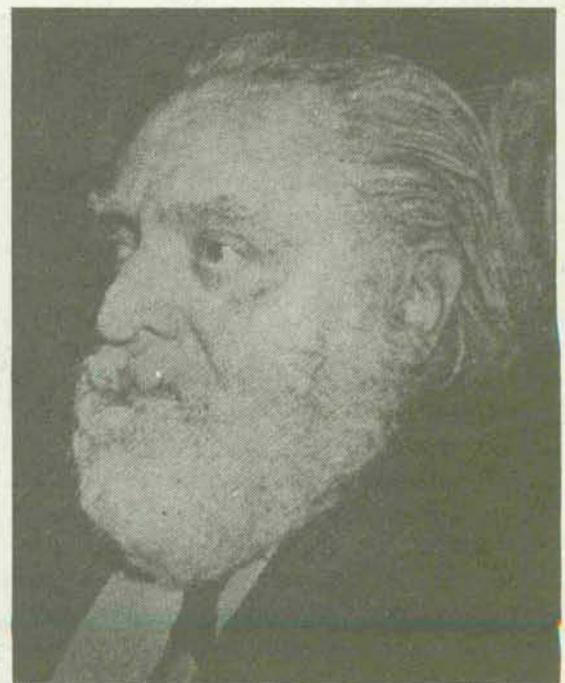
ofrece una concordante pluralidad y podría conceptuarse que dentro de un conjunto y situados en las respectivas, inconfundibles parcelas, componen un coherente multicolor mural.

Como se desenvolvían —y nos hallábamos— en simbiosis con la sociedad mexicana y al mismo tiempo en un ghetto-custodio de los valores españoles y de su libérrima poesía representativa, los avatares y quehaceres de esos escritores eminentes reflejaban un aire tribal de familiaridad, implicaban referencias cercanas de sus decires y gestos y un aura virtualmente legendaria.

Los poetas se adherían, con peculiares modos y maneras, a un desgajado, amargo y anhelante fragmento de pueblo. Y el hecho de los fervores que a la sazón —o desazón— inspira-



Don Enrique Díez-Canedo.



Pedro Garfias, en sus últimos días, con la barba de profeta.



De izquierda a derecha, en la fotografía: Dalí, Moreno Villa, Buñuel y García Lorca.

ba, en los menos y en los muchos, que no es paradójica, Antonio Machado, serviría de instructiva paradigma.

Por una serie de morivos —líricas aquilataciones aparte— fue León Felipe el catalizador de esos anhelos, su máximo y amado portavoz. No sólo lo explicaría su verbo profético y lapidario. Esa fascinación se desprendía del «patos» típico de sus proclamas poéticas. La concordancia de «genio» (ensimismado y tronante, según las tornas) y «figura» (sombrero calado hacia la nuca, despejada la frente, entrecana barba bíblica, testa judaica) armonizaba con su entera, peregrina biografía, acreditaba su marca de trashumancia. La evidencia de que señalara, en las horas infaustas, trágicas, la caracterización, «del éxodo y del llanto», para el español genuino, lo comprueba. También el que clavara con palabra ardida, escocida, la enanez, física y psíquica, de Franco, su mixtura de cacique y dictador, de ente cruel y abstemio y gélido... Destaquemos el iracundo apostrofar contra la política vaticanista, que en notable porción inspiró la «cruzada», anticristiana, de la Iglesia en la contienda. Y el hecho, de colectivo beneficio, de sus peregrinajes españoles, de su feliz unión con mujer mexicana, de sus precedentes exploraciones y encuentros en Iberoamérica, de que significara uno de los más sólidos —e inefables— puentes entre los flamantes recién llegados, exiliados, y el clima del Nuevo Mundo, del ceomediterranismo que teorizó su íntimo

amigo, el inventivo Juan Larrea, a cuya capacidad fabuladora, soñadora, pródigamente mítica, debe el admirable y ejemplarmente honesto revolucionario don Jesús Silva Herzog, la idea matriz de su noble revista «Cuadernos Americanos».

Aunque se conocieran por sus textos —en México y en la América de hablas hispanas— a los otros poetas desterrados, de acuerdo con cambiantes grados de notoriedad, León Felipe había sido y era, además, con personalidad sugestiva y sugerente, una presencia entrañada. Sus recitales y viajes le conquistaban el excepcional entusiasmo de los públicos, rica cosecha de admiraciones, de adictos. Para sus oyentes y lectores criollos, mestizos e incluso de acusada contextura indígena (cito al vigoroso y fino escritor Andrés Henestrosa, siempre con la entonación honda y colorida de su Istmo de Tehantepec), los poemas de León Felipe, de estrenecida y conmovedora temática española, popular, se aunaban, en tensas estelas sensoriales, a su pasional reivindicación de lo humano, aherrojado por los Poderes «infames», «infamantes».

Resulta más plausible concebir y evocar a León Felipe en compañía, ante auditorio de «apiñados» o de «elegidos», desde la tribuna, al dirigirse, uno por uno diríase, a los espectadores predispuestos; por su solo renombre, mera aparición solemne, ungida, que sembraba fervores.

Además, y sin disonancia por ello del espléndido estudio biográfico - descriptivo - crítico, de Luis Ríus, la personalidad de León Felipe (estatua animada, encendido verso) fue, en el exilio, de extraordinaria, incomparable eficacia carismática. Se le rendía culto en su tertulia del Café Palermo, cónclave de fieles y de pasmados transitorios y transitivos, que las pupilas cítricas de Otaola han reflejado, radiográficamente, en la novela «El cortejo», claroscuro de iluminación y parabólica sátira.

Encomiable el carácter paternal de León Felipe, que acogía con sobria y pronta afabilidad a quien se le acercara, pertinentemente. Sendos acontecimientos —una exaltación de almas y trascendencias— constituyeron sus sentidas declamaciones de textos anteriores, consagrados, o de inminente publicación, en la tribuna del Ateneo Español de México y en los homenajes, donde su fonética henchida y matizadora, capaz de impresionantes trenos, fue protagonista en las multitudinarias concurrencias que le seguían (recuerdo la del Centro Israelita, la de la Casa del Arquitecto).

Mi mejor memoria de León Felipe, que me trae un aire de parentesco comunal, se adscribe a

sus constantes visitas y permanencias en la Librería de Arana, cuando ancló en un despacho de la periodística calle de Bucareli, a través de un piso en que el pasillo olía a Juzgado. Se producía a veces la coincidencia con Domenchina, trance que aliviaban, de parte y parte, ¡oh, manes de la incompatibilidad temperamental y de las oposiciones estéticas! en que no faltaban alternativas huidas, correspondientes y métricos gruñidos. (José Ramón Arana mantuvo siempre estrecha y ponderativa amistad con León Felipe, que le dispensaba especial aprecio. Una de las semblanzas más reveladoras del poeta, al escritor aragonés debida, apareció, y me preció de haber mediado, en el primer número de la revista «El Urogallo», por desgracia pretérita).

Pero el contacto más inolvidable e instructivo se me deparó, con León Felipe, en los prolegómenos de la edición de «Este viejo y roto violín». El doctor Arnaldo Orfila, que en aquella época dirigía el Fondo de Cultura Económica, me encargó aclarase con el autor de «El Ciervo» algunas dudas que se habían planteado, en las pruebas de página, por las correcciones, de su puño y letra, en el original.

León Felipe —ya viudo, huérfano más bien, de Berta— me invitó a comer en su apartamento de la calle Miguel Schultz, cuatro manzanas al Norte del taller que había ocupado el escultor José María Giménez Botey, insustituible camarada de penas e ilusiones.

Sencilla y cordial la hospitalidad de León Felipe, secundado por su «ama de llaves» (vislumbre de un vestido grisáceo, que de esta meña merecía ser). Prestamente puntualizadas las partes interpretables del magnífico poema, a las que agregó, con rápidos rasgos, ciertas enmiendas...

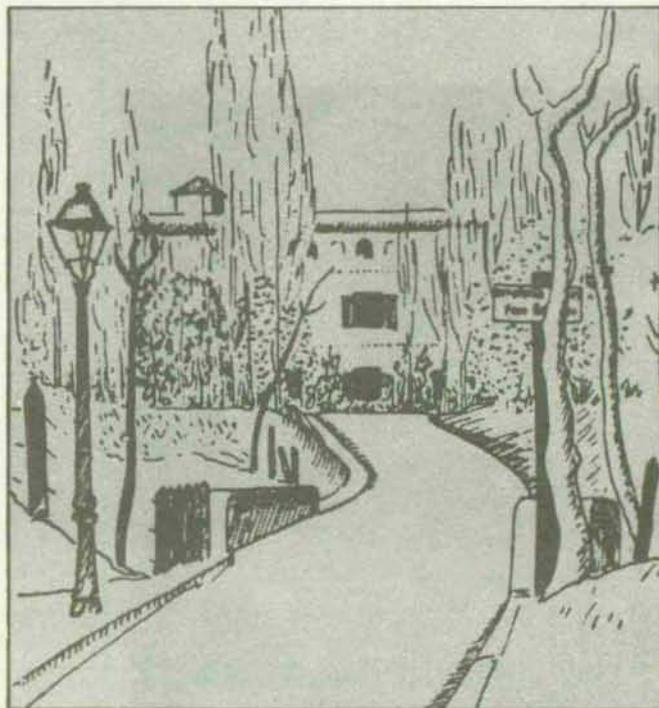
Después, en liberada sobremesa, la charla enjundiosa, que lamento no haber apuntado minutos más tarde, al irme, en algún café del rumbo. Porque entonces, sin «posteridad» en el horizonte, León Felipe traslució, como en un guiño dramático, su temor, auténtico, de que los versos escancidos se contrajeran a la efímera actualidad y careciesen de ulterior y firme vigencia en nuestras letras. Como si los éxitos tangibles le dificultaran o imposibilitaran el acceso a futuras generaciones. Al temerle así, con su verbo sustantivado, y declararlo, no dejaba de manifestar —más brillantes los ojos tras las gafas, más tembloroso el mentón— su angustia metafísica. Al confesármelo sin ambages, desprendido de retórica, percibí aún más su verdad existencial y la íntima grandeza de sus escrituras.

Esta sensación, no por fugitiva menos intensa,

parangonable es a la querencia armónica con que Emilio Prados reproducía y glosaba en interminables llamadas telefónicas, las sabrosas y metafóricas sentencias del habla popular, que tanto contenido revisten en la serranía malagueña. Deprolo, una vez más, no haberlo registrado en un cuadernillo —en aquel tiempo no regían los magnetófonos o se les consideraba una impudicia— y me duele no se recogieran las prodigiosas citas de Emilio y sus luminosas interpretaciones. De igual categoría serían sus interiores cordajes de «Jardín Cerrado, y el recio aire, de pastoso acento, que la sabiduría de las gentes iletradas le brindó y que Emilio Prados acertó a captar, moldear y proyectar, desgraciadamente para su exclusivo uso. Y no por egoísmo —fue una criatura modélicamente desinteresada— sino por embriagado deleite y perezoso aplazamiento meridional.

Con Emilio Prados me unieron, casi desde chaval, lazos de simpatía y reverencia. En Málaga, al menos en los círculos estudiantiles, literarios y artísticos que frecuentaba, era un personaje mítico. Aparte de llegarme puntual noticia de la generosidad con que acogía y propagaba («Litoral» y sus ediciones) a los poetas de su generación, me constaba que estaba al tanto de las nuevas corrientes estéticas intelectuales de su época, por Luis Cuervo y Jaén (1), amigo y compañero de estudios, rela-

(1) Emilio Prados, desde México, y Luis Cuervo, en España, mantuvieron correspondencia y conexión. Luis recuerda muy indicativas opiniones y anécdotas del tiempo malacitano de Emilio, que confío cristalicen en importante libro de testimonio y homenaje.



Dibujo de José Moreno Villa.

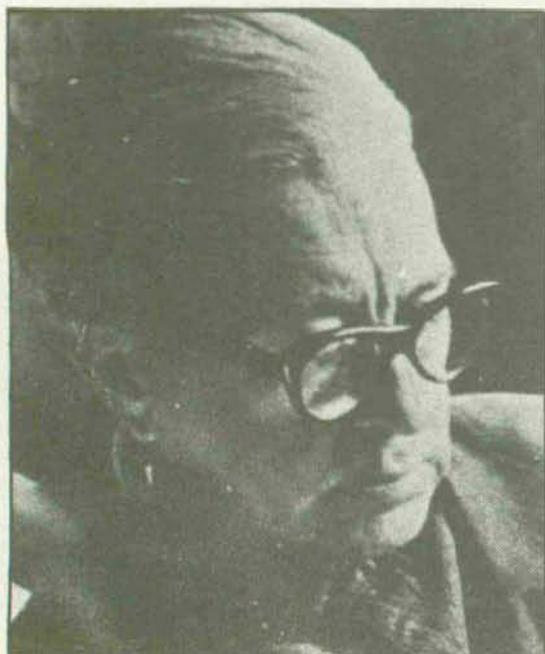
cionado admirativa y afectivamente con Emilio Prados. **Asimismo**, expresivos datos del diario convivir del poeta con su pueblo (por ejemplo, sus vínculos con los pescadores de El Palo). Aquellas referencias, entonces coloreadas, en buena porción, de inquietud político-social (aún persistía la fuerza emotiva y moral de la Revolución Rusa, que no tardaría en «estatificarse», en «burocratizarse»), ponían de manifiesto lo que en tantas ocasiones, directa e indirectamente, pude comprobar, la calidad humana de Emilio, basada en fino trato y en un temperamento solidario, absorto y desangelado a trechos (Adela y José Enrique Rebolledo me contaban detalles pueriles y magnánimos), que le procuraban la inmediata y estable confianza de los seres simples o complejos. Incluso le dotaban de una natural irradiación magisterial, lo que acreditan sus contactos con el Instituto Luis Vives, una de las más eminentes aportaciones pedagógicas del exilio español en México.

Me he detenido en estos aspectos particulares, que se estimarían desproporcionados en el presente recordar, porque Emilio Prados —que justamente no concitaba recelos, sino aprecio— es el hilo conductor hacia otros poetas. Y en término preferente, a los desposados. Los comunes trabajos en «Litoral» con Manuel Altolaguirre, arquetipo de carácter extrovertido, jocundo, como elástico y saltarín, armonizaba con el tono filtradamente grave, más bien caviloso y a menudo casi refranero, de Emilio Prades y sumados a la bondad y campechanía de Concha Méndez determinaron un clima de concordancia y entendimiento.

Lo propio le ocurría a Emilio con la pareja Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina. Residía muy cerca y le bastaba caminar dos o tres calles y cruzar el Paseo de la Reforma para pedir posada. O recurría al teléfono, con ritmo proustiano, para esos intercambios de comentarios cotidianos y juicios poéticos. Las diferencias de pensamiento y estilo crearon un ambiente de conllevancia y habría de desembocar en mutua estima. Ernestina se distinguió siempre por su benignidad y discreción, y Domenchina, pese a la fama, atizada, de crítico implacable, y de esporádicas, externas asperezas, no dejó nunca de alabar la calidad humana y la autenticidad lírica de Emilio. Precisamente porque los versos de Domenchina solían marcar una construcción modelada y aristada, sobremanera enteriza, le merecían alto concepto el modo y esencia de las composiciones de Emilio, de sensitiva fibra melódica.

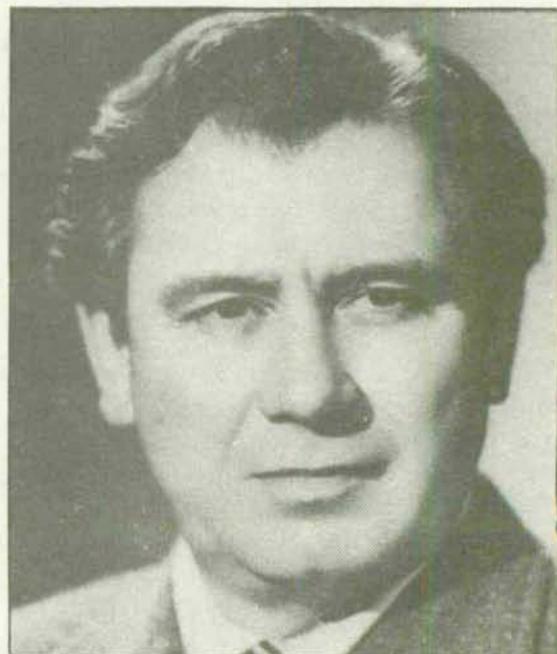
Emilio Prados, al mediodía, en la séptima imprenta de Manuel Altolaguirre, a la vera de la Plaza de Santo Domingo, de acusado estilo colonial, moreno. En saludo de adiós al poeta y novelista José Herrera Petere, a mí; años atrás estuvo al cuidado de Emilio, por encomienda de José Bergamín, la ejemplar y originaria edición Séneca, en un volumen cuya encuadernación se plegaba a la mano, que la enaltecía, de las obras completas de Antonio Machado. (Ha de relatarnos Francisco Giner las interioridades de la ilusionada y trasnochada empresa de resurrección de la revista «Litoral», labor en que participaron, con Emilio y él, Juan Rejano y Julián Calvo).

Imagino las pláticas de Emilio Prados con José Moreno Villa, en torno a un malague-



Emilio Prados.

Manuel Altolaguirre.



ñismo de prez y solera, afines asimismo en una lírica veraz, sobria, despojada y despejada de floripondios, con sentido de universalidad, reforzado por las respectivas experiencias juveniles en el Extranjero. (Moreno Villa, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, en Alemania; Emilio, en un sanatorio suizo, a curar su tuberculosis pulmonar). Escucharía Emilio a Moreno Villa su «Aquí estoy» (octubre 1946):

*«Aquí estoy, añorando
los terrones parduzcos
moteados de encinas
severas e inconformes.
Arrancadas de cuajo
nuestras viejas raíces,
aquí, sobre volcanes,
culebrean eléctricas
y se ahogan de altura».*

Y es presumible que en 1956, año en que falleció Moreno Villa, le adelantara, de un poema inédito:

*«Y, después mirar la hoguera
en el agua del inmenso río,
ríe también en remifasol,
acompáame en este cante fino».*

Emilio Prados respondió a su llamamiento, dedicó el poema, con el título «En tu selva fervorosa», a «Pepe Moreno, en mi memoria de siempre»:

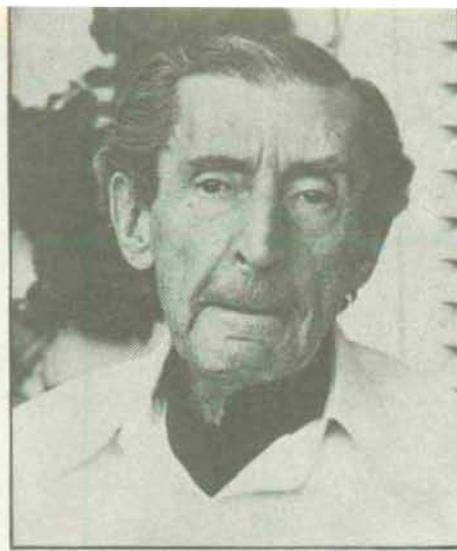
*«¿Te visité? Sentado al pie de un árbol:
el que nació para ti y está contigo,
el que nos sorprendió, porque esperaba
cumplir su cuerpo con el que tuviste;
el que hablabas y escuché en mí ninguno».*

Los tres, lejos de su Málaga; tampoco faltó a la cita Manuel Altolaguirre:

*«No quiero consolarte
ahora que tú te has ido para siempre,
de aquello que perdimos.
Pero al verte y no verte,
José Moreno Villa,
siento el mundo pequeño
y quisiera pensar que lo tuviste
desde niño al alcance de tu mano».*

En su turno, turno de Emilio, al filo del mediodía, el aviso quejumbroso, el llanto hispano-mexicano por él, su entierro al día siguiente, en el Panteón-Jardín. Juego de palabras que es un lastimero juego de tristezas. «Jardín cerrado», recuerdo de un rostro y gestos flotantes, de un inalterable hablar andaluz. Tenía «ángel».

Todos los poetas exiliados de esas generaciones colindantes —la del 27, a completar, que no han notariado los predecesores y los suce-



José Bergamín, en la actualidad.

sores inmediatos— han «escogido» el tema del destierro general y el de su individual, privada acepción. (José María Balcells ha logrado insertar su parte alícuota en una antología de amplio encuadre, lo que no ha de excluir selecciones específicas). Pero es Juan José Domenchina, y en varias ocasiones lo he subrayado, quien aprehende y formula reiteradamente, como un «sino fatal», el exilio. En su «Primera Elegía jubilar» (septiembre, 1940) exclamaba:

*«¡Ay, socavón de España!
¡Cómo para alcanzarte habrá que hundirse!
El llegar a tu entraña
presupone sumirse
en tierra: rescatarse y redimirse».*

Y concluía:

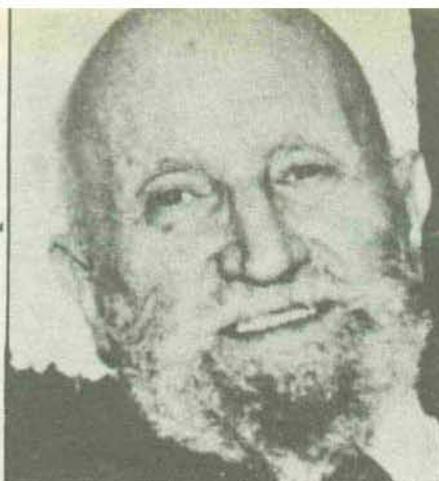
*«Donde vamos —vivimos
por y para volver— nadie se engaña.
Seremos lo que fuimos.
Volveremos, entraña
partida a ser España y sólo España».*

La derrota fue un derrotero. En su absoluta desesperanza, sólo paliada en los últimos años de una vida que él creyó truncada (a mi entender erróneamente), por el retorno a la fe religiosa, Domenchina estruja hasta la gota final, como intransferible tarea, el problema del «extrañamiento». León Felipe poetizaba la desgracia, la rabia y la iniquidad sufridas, por el conjunto de sus compatriotas. Domenchina, tallista, metrificó, y de tal suerte alcanzó su clímax, una militante agonía. A veces, los antagonismos públicos, de artística filiación —Domenchina, León Felipe— encubren una lujosa fraternidad. Son las dos caras de la madalla.

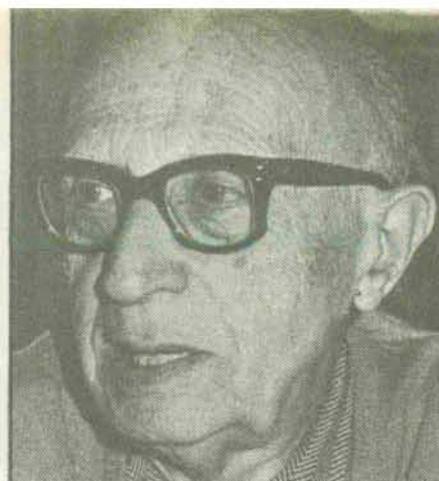
Equidistante de León Felipe y de Domenchina, merced a su captación de las respectivas valideces, lo que hasta cierto grado fue y es mi actitud, el proceso poético de José Ramón Arana, por razones de orden psicológico, supongo, se silenció en vez de proseguir el esperado desarrollo, pues su juicio y sensibilidad



Alfonso Reyes.



Una de las últimas fotografías de León Felipe Camino.



Juan Larrea (foto Ramón Rodríguez).

gencias, se incorpora, con voz distintiva y empeñosa, al acervo de la cultura nacional moderna. A fin de cuentas, la emoción quintaesenciada —hacia 1966— es lo que perdura:

*«El viento, el viento... Siempre el viento.
Caballo enloquecido,
ciego.
El viento en la garganta,
entre los sueños.
Y tu ausencia, amor mío,
y el recuerdo
de la tierra perdida, como un clavo
en los sesos.
El viento, el viento... Siempre el viento».*

Si Juan Rejano encarnó la persistencia significativa y «la fidelidad del sueño», los «transitivos» asumieron lealtades de otra especie. Salvo el caso de lúcida perseverancia de Juan Gil-Albert, que padece y supera los gravámenes en los exilios exterior (México-Buenos Aires) e interior (adherido a su demarcación valenciana), y que de esos periplos, verificados y fantaseados, extrae obras definitivas, magistrales, que tardíamente acaban por imponerse, las peripecias migratorias de Luis Cernuda y Lorenzo Varela —sevillano el primero, lucense y bilingüe el segundo— desembocan en prematuros, desventurados desenlaces. Luis Cernuda logra, de un tiempo a esta fecha, un auge reciente en España, a cuyos detentores, en las décadas franquistas, lanzara un poema de terrible trémolo:

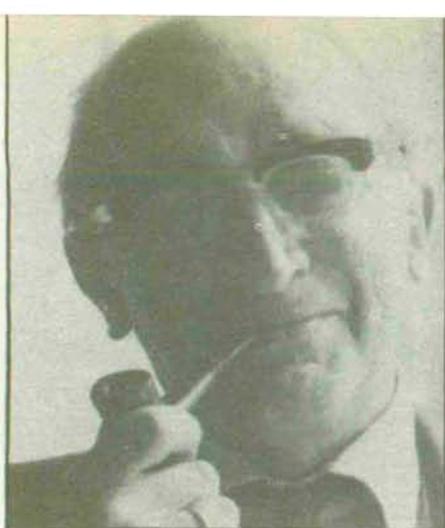
*«... ellos, los vencedores
caínes sempiternos
de todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.
Una mano divina
tu tierra alzó en mi cuerpo
y allí la voz dispuso
que hablase tu silencio».*

Luis Cernuda, salvo en la primera fase de su afincamiento en México y de la hospitalidad,

alentadora y valorativa, que una vez más atestigua el raro talento cordial ánimo de Octavio Paz, verificó, en prosa y verso, su capital mensaje, aunque biológicamente le quedaran sobradas energías creadoras. En ocasiones, una materialidad —el accidente— parece frustrar la inequívoca trayectoria y es que Alguien decidió cortar el frágil hilo, pues lo más importante de su escritura se había realizado. Círrase el círculo, queda un halo de misterio y de penumbra, de exquisitez y acrimonia que infunden imprevistas y plausibles proyecciones a su verbo único, a su haz sentimental y reflexivo sin parangón. Presumo que el talante escapatorio y de recato de Luis Cernuda, su esencial e inmanente hermetismo impiden las reveladoras acotaciones que podrían transmitirnos Concha Méndez, que en su casa lo albergó, y María Dolores Arana, que en sus postrimerías le trataba todavía más frecuentemente, al igual que Emmanuel Carballo, el distinguido crítico mexicano, que apreciaba y preciaba su excepcional calidad y agudeza literarias.

La ruta de Lorenzo Varela semeja una incesante, «abierta» navegación y nada de particular tiene que su poesía (2) reitere las palabras «poros» y «singladuras», algunos de sus términos-clave. Anima inquietud y objetora, bautiza con el nombre de «Romance», en compañía de Antonio Sánchez Barbudo, y Atlántico en derredor, la que sería una de las revistas de mayor y trascendente entidad hispahoamericana, a cargo de intelectuales exiliados. Participa en «Taller», la selecta publicación de Octavio Paz. Se traslada a Buenos Aires, donde colabora con el empecinado grupo inspirador, gallego, de labores editoriales. Estrecha amistad con Luis Seoane (¡rico tipo de pintor, dibujante, prosista, vive Dios!), con Rafael Dieste y José Bergamín. Se dedica a la crítica de arte. Vuelve a España, poco antes

(2) En el verano de 1979 publica Ediciós do Castro un hermoso libro con la «Poesía» de este autor, auspiciado por la magnanimidad e inteligencia del gran Rafael Dieste.



Francisco Giner.



Juan Rejano (a la derecha de la fotografía), con el pintor mejicano David Alfaro Siqueiros.

de la muerte de Franco. Inolvidable entrevista en las proximidades de la Galería Sargadelo, donde le ceden un lugar para su trabajo, por casi maternal querencia de esa mujer, Inés, que sólo simpatías concita. Su tierra no alcanzó a proporcionarle el diario en lengua vernácula que tanto se necesitaba y que mucho le ilusionaba. Inopinada muerte, un infortunio rubricó la trágica andanza. Allí estábamos y al marcharnos, reintegrados al tráfigo de la ciudad, el duelo se aferraba a la garganta. En este conglomerado, cuya real y simbólica significación se nos presenta hoy con una coordinada melancólica, no podía faltar el retablo femenino de la poesía. Con los versos vital y equilibradamente copleros de Concha Méndez, establecía contraste de fraterna categoría la devenida mística inspiración de Ernestina de Champourcin. Se agregaba «De mar a mar», zumo de nostalgias y grafía metafórica, a destiempo tronchada, que en madurez aún juvenil murió, de María Enciso, a la que Arturo Medina se apresta a decubrir a sus coterráneos almerienses. Y sin despegar los labios preparaba su buido y elegante poetizar, que aos más tarde a los lecores se encaminaría, Mada Carreño.

Entre los que niños eran al desencadenarse la guerra civil-internacional, y que con sus padres o familiares se injertaron en el tronco mexicano, se constituyó, explícita o insinuatamente, el grupo que adquiriría una tónica neocriolla. Y que, a mi juicio, plantea un módulo sintomático de primigenio mestizaje cultural. Y es en el campo de la poesía, más que en la narrativa, donde surgen y arraigan los dilemas espinosos y las más brillantes personalidades (Uno los ha visto germinar y brotar: desenvolvimiento, declives, culminación).

Ramón Xirau, notoria veteranía, sobresalió pronto: sus ensayos de clara fundamentación, su pesquisa filosófica y estética, su quehacer todo, fijado a la vida intelectual mexicana. En los años mozos, los de su fluida aclimatación,

publicó algunos poemas —muy cernidos y originales— en catalán; que yo sepa, no ha insistido en esa vía, absorbido por un activo y metódico trabajo de pensamiento y docencia, que le incorporaron, allí, a la institución de máximo prestigio y eminencia, el Colegio Nacional. Conocida es su aportadora identificación con las posiciones de Octavio Paz.

La inclinación poética de Tomás Segovia lo sitúa, desde su juventud (y aunque haya cultivado el teatro en verso, los estudios literarios y la crítica en profundidad y se le deban también varios relatos) en una búsqueda ahincada de rigor y pureza líricos, de cierta huella juanramoniana. Gradualmente conquistó cabal y nítido acento y se desprendió de grumos añorantes, que nunca se tradujeron en coloración central. Lo de esta suerte depurado lo coloca, indistintamente, en México y en España. Y me remito a sus admirables poemas, hace unos meses aparecidos con el elocuente rótulo «Cuaderno del Nómada».

En cambio, Luis Rius (y la lírica apasionada de Inocencio Burgos se le acercaría), asimiló en el hogar de exiliados, en su escolaridad y amistades, una nostalgia traslaticia, el endoso de las remembranzas. Con tal grado de volitiva asunción que sus versos, en corte y motivos, léxicamente, podían haberse escrito aquí. Su docencia universitaria, de incuestionables prestigio y acción, se atuvo a esos principios, cimentó la orientación hispánica. Pero incluso un caso tal de compenetración con el origen nativo, ¿puede soslayar lo que en derredor palpita y no impregnarse, sutilmente, de las tonalidades vivaces, de la punzante concepción imaginística, de la mórbida fonética que en el aire se desfleca y difunde?

José Pascual Buxó (también catedrático, en Maracaibo, de edad similar) protagoniza una tesitura radicalmente opuesta. Desechó los temas «patrios» en el doble sentido familiar y ex nacional, cortó el cordón umbilical. Sólo ha querido abordar las estrictas y personales in-

citaciones de la poesía, y en prosa se ha manifestado, de modo iracundo —que quizá sea una forma de exasperado y lacerado amor— contra la sujeción a la «mentalidad de exilio». Impredicible todavía el carácter que asumirán —en el próximo porvenir— tanto la postura vital como la dicción poética de Tomás Segovia, Luis Rius, Manuel Durán, José Pascual Buxó, Inocencio Burgos. ¿Almas escindidas o ánimos de esculpida armonía? Desde cualquier supuesto sus mismas disyuntivas tendrán un epilogo —o prologo— valor literario. Y es inexcusable que, sin interferencias de ninguna índole, les dediquemos una permanente y fraternal atención. Son huellas y consecuencias del exilio y de su redescubrimiento, contemporáneo, de Iberoamérica. Los poetas del exilio republicano español que en México se afincan a contar de 1939, y de los que León Felipe es avanzado e influyente portavoz, como he pretendido esbozar en este capítulo, componen una pléyade poco frecuente, por la jerarquía legítima y curiosa variedad, en el curso histórico de nuestras letras.

Y se asilan en un país cuya lírica —de López Velarde a Díaz Mirón y Amado Nervo, de José Gorostiza a Octavio Paz y Xavier Villaurrutia a Jaime Torres Bodet y a la clásica cima de Alfonso Reyes— logra, por aquella época, la granada fase que ha continuado en línea ascendente, al punto de que en la actualidad, según autorizados dictámenes mexicanos, la poesía esplende más y quizá, a su lado, palidezca el que fuera, por los años treinta, y tras la revola exuberante de la Revolución, un conjunto narrativo de extraordinario brío.

La convergencia de los dos núcleos poéticos, y de sus particularidades temáticas, sus relaciones y lícitas influencias mutuas, sus roces y ensambles, representa un desavío para los in-

vestigadores y un imperativo de averiguación. Junto al capítulo de testimonios, más bien parvo y fragmentario, será indispensable desbrozar determinados *silencios y abundantes reticencias*.

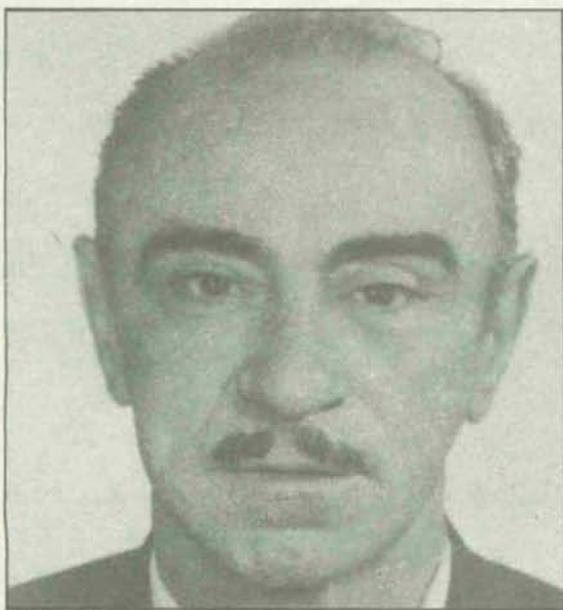
Sin embargo, con posibilidades de encuesta aún, me atrevo a pronosticar que el resultado sería altamente positivo. Unos y otros se complementan en las obras que nos proponen. Mexicanos y españoles estímulos hallaron en las expresiones que los configuran y contrastan. En este sentido, fuctífero ha sido el exilio, justificada la hospitalidad.

Con la excepción de León Felipe y de los intermitentes versos combativos de aquellos que mantenían una rotunda tipificación banderiza, y que accesibles fueron para la mayoría del exilio político y sus fuertes sectores partidistas, los poetas del exilio español únicamente consiguieron escasa audiencia, reducidos núcleos de lectores. Su condición minoritaria parecía insalvable dada la difícil circunstancia. Y a pesar de ello, no cesaron. Tampoco interrumpieron el contacto con sus colegas, viejos y nuevos, de la España aherrojada.

A esta tenacidad, a su encendida consagración ha de atribuirse el hecho de que la criba del tiempo tienda a rescatar y enaltecer su contribución literaria, que mediante apariciones y reapariciones guadianescas despierta una resonancia española no circunscrita a círculos elitistas.

Con predicados de calidad, la gran poesía del exilio español, de la que México es la más nutrida región, reviste ya, progresivamente, rango y dimensión populares.

Sombras y lejanías se convierten en luces y contigüidades. ■ M. A.



José Ramón Arana.



Juan Gil-Albert.